

del Africa infeliz hijo infelice  
 que ávido prueba las tranquilas aguas  
 que su lloro enturbió, clavando a veces  
 mustios sus ojos en la muda esfera. 35  
 Mas, ¿qué pensará? ¿Será en su patria,  
 o en los amores que dejara acaso?  
 Nada su mente ocupa, en nada piensa:  
 la vil esclavitud le abate el alma;  
 y quien de esclavitud el yugo infame 40  
 ponderoso agobiar su cuello sufre,  
 no tiene Dios a quien bendiga ufano,  
 no tiene patria a quien adore ardiente.  
 ¿Ni cómo del amor los devaneos,  
 dulces y puros como es puro el cielo, 45  
 puede gozar quien de fastid[i]o el alma,  
 de tedio el corazón, siempre abrumado,  
 ni aun la esperanza le sonrío en sueños?  
 L[1]anto y no más: besar la fiera mano  
 del altivo señor que le atormenta, 50  
 temblando obedecerle, alimentarle  
 con el sudor de su abatida frente.  
 Ved del esclavo el miserable empleo:  
 ¡abominable empleo! que indignada  
 detesta la razón, maldice el cielo, 55  
 y en mi Cuba, oh dolor, miro arraigado.  
 Por las floridas cumbres decoradas  
 de esbeltas palmas y de altivos cedros,  
 la frente asombra virjinal, modesta,  
 su blanda lumbre difundiendo en torno 60  
 la reina misteriosa de la noche.  
 Levántase apacible y dulce brisa  
 que alientan puras las mudables ondas  
 que sonando vinieron sordamente  
 del mar remoto a tranquilos mares, 65  
 do contéplase Cuba y se recrea.  
 Mecidas de los árboles las hojas  
 hacen un ruido halagador que encanta  
 y olvido pone del liviano mundo;  
 en lastimoso trino sus querellas 70  
 el rui señor exhala con ternura  
 en las ramas posado de algún pino;  
 rápidas cruzan la rejión vacía  
 lanzando gritos las nocturnas aves;  
 murmuran los arrollos salpicando 75  
 las cándidas y frescas azucenas

nacidas en la margen de sus aguas;  
 y suavísimo olor espira ondeante  
 dando salud el regalado viento.  
 Toda se anima plácida natura 80  
 al presentarse el astro luminoso:  
 no más oscuridad, doquier belleza;  
 mas mi angustiado pecho indiferente  
 no los admira, ni en profunda y santa  
 meditación recójese en sí misma 85  
 el alma ansiando bienandanza eterna.  
 La soledad amiga bienhechora  
 fuérame un tiempo: consagraba en ella  
 al grave estudio mis serenos años,  
 y si tal vez el corazón latía 90  
 y cuajábase el llanto en mis pestañas  
 al tributar adoraciones puras  
 a beldad que finjió la fantasía,  
 ella benigna a la ajitada mente  
 con su paz consolada y, cual las sombras 95  
 por grados huyen cuando nace apenas  
 lúcido albor por el dormido oriente,  
 así se disipaban en su seno  
 de mi temprana edad las ilusiones  
 de aquesta edad terrible en que sucumbe, 100  
 al crudo embate de pasión y afectos,  
 avasallada la razón con mengua.  
 Mas este afán continuo y lastimoso,  
 las amargas memorias que me aflijen  
 y la angustia mortal con que batallo, 105  
 la soledad aumenta, y más congoja  
 hallo en su abrigo do solaz buscaba.  
 Fugaz le tengo, cuando a tanta lucha  
 vencido el pecho úndese exhalando  
 suspiro acerbo, y mis ardientes ojos 110  
 sueltan de llanto prolongada vena,  
 y en los brazos me aduermo de la calma. 112

## IV

Es la tarde, Gonzalo: en occidente  
 el sol se oculta, el quieto mar colora,  
 colora el cielo con variada tinta  
 y más y más las nubes embellece,  
 las blancas nubes que movidas antes 5

por manso, halagador y dulce viento,  
 a la engañosa vista parecían  
 serena banda de palomas bellas  
 suaves hendiendo el eter azulado,  
 cuyas graciosas y tendidas alas 10  
 del sol reflejan la caliente lumbre.

Aquí distante, amigo, de los hombres  
 me es grato cavilar: este silencio  
 tan hondo que interrumpen a las veces  
 los lejanos tristísimos cantares 15  
 de tímido amador; este continuo  
 lúgubre susurrar que al leve impulso  
 de blanda brisa que sus copas mece  
 forman las palmas en sus lindas pencas;  
 este de puro olor rico tesoro 20  
 que exhala fértil de la tierra el seno,  
 el alma mía elevan, la despiertan  
 a sublimes y grandes pensamientos.

¡Cuántas veces, Gonzalo, taciturno  
 en la suerte de Cuba meditando, 25  
 vi mis ojos de lágrimas bañarse!  
 Meditaba en los tiempos que ya fueron,  
 y en el siglo presente meditaba.

Estos floridos y pomposos campos  
 por do se esplaya con placer mi vista 30  
 fueron un tiempo de inocencia asilo,  
 de envidiable, feliz, dulce inocencia  
 que no manchó jamás liviano crimen.

Mas soñó la ambición remotas tierras;  
 sonrisa horrible le afeó los labios, 35  
 y un hombre audaz a quien llamaron loco  
 ajente fue de sus designios negros.

Por largos días la ignorancia triste  
 barreras puso a la inaudita empresa:  
 despreciólas Colón; en su osadía 40  
 salva tenaz el valladar altivo,  
 y en medio a absorta confundida plebe  
 se lanza a un mar desconocido, inmenso,  
 en deleznable mísera barquilla.

También allí lo acosa la ignorancia 45  
 de sus torpes y viles compañeros;  
 mas él acalla su grosero grito,  
 y triunfo y presa fue de su constancia  
 un nuevo virjinal risueño mundo.

¡Cuántas, Dios, cuántas horas de amargura, 50

de luto y de orfandad consigo trajo  
 la advenediza y ominosa jente!  
 El tímido hospedaje aleve admite,  
 sus manos baña en indefensa sangre:  
 las esposas, las vírjenes no bastan 55  
 a saciar su furor y desenfreno...  
 Mas corramos, amigo, un velo oscuro  
 a tal desastre y lastimoso estrago,  
 que aliviador de los dolientes, ¡ay!,  
 bálsamo el tiempo con su mano aplica. 60  
 Mira, Gonzalo, cómo los días pasan:  
 los hombres a los hombres sucedense  
 tras sí dejando ensangrentada huella  
 y jérmenes fecundos de discordias.  
 ¿Tú no reparas entre aquella turba 65  
 de insolentes guerreros grave apóstol?  
 ¿De compasión en su entusiasmo ardiente  
 no le conoces? Mira cuál se animan  
 sus fogosas facciones venerandas  
 cuando se ajita y truena contra el odio 70  
 que dura muerte al infeliz prodiga.  
 ¿No le conoces? Ah, Gonzalo mío:  
 ése de libertad patriarca santo,  
 que fue del infeliz báculo firme,  
 lucero hermoso en tempestad horrenda, 75  
 desalentado abrió profunda sima,  
 sin pensarlo tal vez, de crudos males,  
 de horribles males que los buenos lloran  
 y que él también, amigo, lloraría.  
 Ora mismo, en aqueste propio instante, 80  
 de nudas manos al feroz impulso  
 del látigo sangriento el estallido  
 las auras ensordecen: el pobre esclavo  
 clama piedad y compasión no encuentra;  
 invoca al hombre, al alto cielo implora, 85  
 que, sordos, no lo escuchan, y rabioso  
 maldice al hombre, ¡oh, bárbara blasfemia!,  
 y maldice también al puro cielo...  
 La sangre de su cuerpo baña el campo:  
 único, diario, deplorable abono 90  
 que de Cuba las tierras fecundiza.  
 ¿Y puedo yo, Gonzalo, convidarte  
 a presenciar tan lúgubres escenas  
 fingiendo con pincel exajerado

bellezas por doquier y bienandanza? 95  
 Ah, ¡qué estravío de la mente ciega!  
 No, mi Gonzalo, permanece, amigo,  
 y paga con longánime denuedo  
 el noble censo que a la patria deben  
 varones claros en virtud y letras: 100  
 ilustra pues; defiende tu entusiasmo,  
 del corazón hidalgo los afectos,  
 tu profundo saber. Gonzalo, educa,  
 y haz que de Cuba los menguados hijos,  
 que en falaz ilusión serenos duermen, 105  
 sacudan, ¡ay!, su flojo abatimiento,  
 que al cáncer roedor que los consume  
 encubierto, callado, acudan presto,  
 y que levanten la postrada, opresa  
 y envilecida aunque preciosa Cuba 110  
 al grado de esplendor que la señalen  
 su bienestar seguro, —su destino.  
 Tal es, Gonzalo, tu misión gloriosa. 113

## V

Cobija ya la noche con su manto  
 a Cuba, y aún resuena en mis oídos  
 el confuso rumor del jornalero  
 que ufano se retira a su morada:  
 del jornalero de la patria mía, 5  
 que a pesar de sufrir el grave peso  
 de férrea horrenda esclavitud tirana  
 en su atezado rostro y negros ojos  
 demuéstrase gozosa la alegría.  
 Y yo, que albergo en mi inflamado pecho 10  
 un jeneroso corazón, que altivo  
 jamás mostré sonrisa aduladora  
 ni acaté de soberbios el orgullo  
 que alzo tranquila mi serena frente,  
 no gozo no, la paz de esos esclavos, 15  
 de esas víctimas de odio y de codicia,  
 y en empeñada lid el alma mía,  
 ciega sin tiento, lucha, y ya impotente  
 la domina a su antojo la tristeza.  
 Huyeron con el día mis pesares, 20  
 y al desceñir la noche el velo oscuro,

y al vislumbrar las pálidas estrellas,  
 probó la calma el combatido pecho:  
 y ésta que pasa junto al labio mío,  
 lágrima solitaria y tierna, siento 25  
 del aura al ventilar cuajarse yerta.

Alzo apacible, a contemplar el cielo,  
 mis ojos mustios, y la luna nueva  
 melancólica luce, semejante  
 a encorvado listón de oro bruñido 30  
 engastado en la esfera cristalina.

¡Oh astro candidísimo y sereno!,  
 siempre consolador me fuiste, siempre;  
 más [a]hora que recuerdo al pensamiento  
 la huérfana infeliz a quien adoro, 35  
 mucho más bella que tu faz divina  
 cuando espléndida alumbras en la noche;  
 la huérfana infeliz a quien persigue  
 el infortunio bárbaro, ¿quién sabe  
 si angustiada lamenta de su amado, 40  
 de su amante el dolor ...?

Mas, ¿quién solloza? 41,b

¡Ah!, tú, mi bien, ¿por qué, premio del cielo,  
 por qué lloras? ¿A ti también te aflige  
 la tristeza? No más tu linda mano,  
 no más me seque el llanto que me inunda. 45

Anjel del alma mía, ven: tu cuello  
 de blanca transparente y suave cera  
 en estos brazos trémulos reclina;  
 deja bañar tu cara con mi lloro;  
 deja mezclar mis lágrimas amargas 50  
 con las tuyas más tristes todavía,  
 y que unidas descendan a la tierra  
 que sedienta y ansiosa las aguarda  
 a no dejar ni rastro de que fueron.

Cual ellas bajaremos al sepulcro, 55

¡ay!, en breve, mi Elisa idolatrada,  
 y ¿qué memoria quedará a los hombres  
 de este amor, de este afán, de esta tristeza? 58

Fin de Elejías Cubanas [Nota de B.B. Wiffen en Ms.]

Los cinco textos aquí transcritos, las *Elejías cubanas* [de Rafael Matamoros y Téllez], no sólo confirman el juicio de éstas por Suárez Romero, y la convencionalmente citada descripción que hace Domingo del Monte («Se distinguen por la suavidad de la versifi-

cación y por los generosos sentimientos que descubren en su autor: en todas hace referencia a la suerte infeliz de los esclavos de esta isla.»<sup>18</sup> sino también postulan un replanteo de las coordenadas ideológicas hasta ahora determinantes de la descripción de la literatura cubana de la década de 1830. Lo que creíamos imposibilidad —la lectura de aquella poesía antiesclavista que circulaba manuscrita entre los reformistas insulares, y que naturalmente nunca se imprimió— ha dejado de serlo.

**Adriana Lewis Galanes y  
Rolando Hernández-Morelli**

<sup>18</sup> *En Biblioteca Cubana, ver Trelles, Bibliografía..., II, pp. 207-208.*

